

TROTSKY EN MÉXICO: CINCUENTENARIO

Balance de un coloquio

Entre el 18 y el 22 de mayo pasado se llevó a cabo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM el coloquio "Trotsky, revelador político del México de Cárdenas".

Varias razones explican la decisión de haber organizado un encuentro sobre Trotsky en México. La primera tiene que ver con el hecho de que, si bien es del dominio público que León Trotsky fue asesinado en nuestro territorio, tanto las condiciones específicas de su asilo como las de su estancia en nuestro país son, por lo general, bastante desconocidas.

En efecto, no es incorrecto afirmar que la presencia de Trotsky dentro del espacio geográfico y político del cardenismo no tuvo prácticamente ninguna influencia importante sobre la vida política mexicana; pero se sabe poco acerca de lo que Trotsky conversó, discutió, leyó, pensó y escribió sobre nuestro país.

Por otra parte —y de ahí las palabras "revelador político" dentro del título del evento— una investigación realizada recientemente sobre el tema muestra que la estancia del controvertido asilado bolchevique en nuestro país, constituye un excelente mirador para observar la acción y el pensamiento de los protagonistas políticos centrales de los "años del presidente Cárdenas": el propio presidente, su gabinete, las izquierdas —Lombardo Toledano, el Partido Comunista Mexicano, la Liga Comunista Internacionalista, (minúsculo agrupamiento trotskysta mexicano de la época) y los sindicatos de industria "semiindependientes"—, las derechas, fundamentalmente las agrupaciones de la clase media mexicana; algunos intelectuales y artistas de izquierda —Diego, Frida, Siqueiros y Francisco Zamora— y también de "derecha" —Luis Cabrera y los Contemporáneos, fundamentalmente—

y, finalmente, los gobiernos y/o los sectores políticos, empresariales, obreros, intelectuales y periodísticos de algunos países extranjeros, entre los cuales estaban Estados Unidos y las naciones de Europa Occidental.

La presencia de Trotsky en nuestro territorio lo llevó a jugar un papel de “revelador pasivo”, puesto que todos y cada uno de los sectores señalados se manifestaron en torno a su asilo y, por tanto, en torno a varios problemas centrales de la política internacional: el régimen soviético, los procesos de Moscú, la Comintern, los Frentes Populares, la lucha contra el fascismo, la contradicción entre fascismo y democracia, y de política nacional: la política exterior cardenista, el derecho de asilo en México, el Frente Popular plasmado en el PRM, la unidad de la izquierda, etcétera.

A su vez, Trotsky, a través de sus escritos sobre México, jugó un papel de “revelador activo” desconocido en la época: “ideólogo clandestino”, pero finalmente activo dentro del terreno del pensamiento político nacional. Este, para muchos, “indeseable huésped” abordó nueve temas en sus escritos sobre México: La Revolución Mexicana, Cárdenas y la naturaleza política del régimen cardenista, las relaciones entre México y los países imperialistas, la naturaleza política de Lombardo Toledano y los complejos vínculos entre éste y el PMC por una parte, y por otra, entre ambos y el Estado mexicano y el Kremlin, las administraciones obreras de las empresas nacionalizadas, el sindicalismo mexicano y la necesidad de la democracia e independencia sindicales, las elecciones presidenciales de 1940, el Segundo Plan Sexenal —particularmente sobre la reforma agraria y la industrialización— y, finalmente, las tareas que, en función de este análisis, debían realizar los revolucionarios en México.

El coloquio fue, entonces, planeado con el fin de que, partiendo de la desconocida ventana que la vida y la obra de Trotsky en y sobre México abren sobre el cardenismo, los representantes —científicos o no— de varias corrientes políticas e ideológicas discutieran tanto acerca de los personajes políticos centrales del México de la época, como de los pro-

blemas abordados por Trotsky en los nueve puntos arriba listados.

Como todo evento de este tipo, en algunos aspectos el coloquio se quedó corto respecto a su objetivo, fundamentalmente en la carencia de una participación plural: entre ponentes, moderadores y público, se contó con la presencia de la Corriente Democrática del PRI, de liberales de varios tonos y colores, de un colaborador de *Vuelta*, de trotskystas de varias organizaciones, países y épocas, de representantes o simpatizantes de varias de las extremas izquierdas, desde la OIR hasta la línea cercana a los Autonomistas italianos, del movimiento estudiantil ceuista y de representantes individuales. Pero estuvieron ausentes voceros de posiciones más conservadoras y oficialistas: los lombardistas y los comunistas, aun cuando se les invitó no acudieron al encuentro. ¿Tendrá que extraerse de lo anterior la penosa comprobación de que en el México de hoy, al igual que en el de hace cincuenta años, cuando se trata de Trotsky, cardenistas, liberales, trotskistas e izquierdistas se agrupan de un lado de la barrera, mientras que del otro siguen estando cierto tipo de conservadores unidos a los lombardistas y a los comunistas?

En otros aspectos, el coloquio desbordó ampliamente los objetivos originales de rescate, reflexión, intercambio, polémica sobre la vida política del cardenismo. El acto se convirtió en gran parte en un homenaje profundamente emotivo a Trotsky —nunca se había visto un coloquio de tipo académico en el que se derramaran tantas lágrimas—, y en cierta forma, casi religioso: recordemos el calificativo de “segundo Mesías” con el que Vlady se refirió a Trotsky; la segunda intervención *iluminada* de nuestro querido Adolfo Gilly o la voz tímida y callada de algún estudiante que, surgiendo de la oscuridad de la sala durante la proyección de la filmación inédita de Alex Buchman, preguntara ante una imagen de Trotsky y Natalia de día de campo: “¿Y qué comían, eh...?”

El homenaje se justifica debido a que, como lo escribió el Prof. Alán Arias, a raíz de su participación como moderador en el coloquio:

La atracción y la consideración debidas a Trotsky, y no sólo por sus seguidores, obedece a una extraña simbiosis con la cultura contemporánea. La riqueza de su vida, sus extraordinarios y múltiples talentos —literarios, de historiador, político, organizador, militar— aun su trágico e indeseado final, conforman una figura de una extraordinaria densidad vital e histórica. Su biografía tiene la fuerza seductora de una compleja novela contemporánea. Tal vez por ello, su figura penetra el ánimo y la cultura de un modo tan avasallador.

La emotividad se justifica debido a que desenterrar a Trotsky es desenterrar la gran Revolución Rusa, pero también el dolor de los años treinta, en los que la tragedia le ganó la partida a la esperanza, sumiendo al siglo en su media noche más oscura y sórdida que, tras la consolidación del estalinismo y la derrota de la República Española, culminó en la pesadilla del genocidio nazi.

¿Y la religiosidad? El que ésta haya brotado de los múltiples discípulos o seguidores de Trotsky presentes en el coloquio —militantes llegados desde los treinta, los sesenta o los setenta— no puede sorprender: la estela que hombres como Trotsky dejan en sus correligionarios parece vivir en ellos, así lo racionalicen o lo nieguen, rodeada de un halo de idealización.

Es difícil, pero no imposible, explicar el hecho de que esta religiosidad política, envuelta plásticamente por los cuadros de Vlady, las fotografías de Oliveras y la mascarilla fúnebre de Mella, no sólo no nos haya ahuyentado a quienes —como organizadores o asistentes al coloquio— nos sentimos libres de ella, y tendemos a rechazarla, sino incluso nos haya atraído. En estos años de invierno en los que el binomino nuclear de esperanza y tragedia de los años treinta ha quedado muy atrás, dando paso, por lo menos en Occidente, a otro binomio nuclear, el de escepticismo y reflexión; en estos años de crisis de las ideologías, de agonía de las izquierdas, de incredulidad ante los “ismos”, junto a la afortunada supervivencia del —como lo llama el Prof. Arias— “impulso libertario”, late profundo otro impulso: el de encontrarse a sí mismo. Pero encontrarse no en una ideología, no en un ideal, no en un

proyecto de futuro, no en una ciencia, sino en las raíces, en los orígenes, en la historia, al mismo tiempo que en la cultura, en la vida cotidiana, en el presente.

La nuestra es una edad que, en palabras de Jorge Cuesta, “soporta todos los pecados y compromisos, desde la conciencia de la duda (...); soporta que se niegue su valor (...), estar en crisis”. Y no sólo se sabe en crisis, sino que incluso la cultiva, convencida por lo menos de una cosa: que dejar de estar en crisis es morir, es querer conquistar no “la hora que vive, sino la que sucede”. Pero querer conquistar la hora que se vive, querer encontrarse por el camino de la crisis, implica emprender el viaje interior hacia el desarraigo, implica volver a Gide y a Ulises... “*Se perdre pour se retrouver*”.

Somos muchos los navegantes de esta odisea contemporánea que ahora se encuentra en su etapa de travesía hacia el desarraigo. Toparse durante este duro viaje nocturno con León Trotsky es toparse con uno de los más grandes momentos de la historia de nuestro impulso libertario y con la difícil comprobación de que si bien ya no creemos en aquella esperanza de la que Trotsky fue un poderoso símbolo, no podemos no detenernos y sorprendernos ante ella, no podemos no darle lugar a la nostalgia.

Olivia Gall

EL SIDA. De la realidad clínica a la conjetura sociocultural

El sexo se acabó, parece ser una de las consignas definitivas de ese repliegue erótico que marca, ya sin remedio, la década de los ochenta. Si los dos anteriores decenios estuvieron signados por un apogeo de las relaciones sexuales, asumi-